

CAPITULO XII

Sentimientos de indecible ternura de que se animó el corazón de María á vista del ejemplo que Jesucristo le ofreció de su infinita caridad para con los hombres. Impresión profunda que las palabras de Jesucristo hicieron en su corazón, animado por tales disposiciones. Amor que hicieron nacer en él para con nosotros.

Para conocer mejor y admirar cada vez más la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposición de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pie de la cruz en la actitud sublime y heroica que hemos ya indicado (cap. I). Inmóvil en su resignación y en su éxtasis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierto de heridas; Ella ve su sangre, que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; Ella le ve pálido, desfigurado, lánguido y próximo á exhalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y de crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseído de una rabia infernal, le ultraja á porfía. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesús tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve expirar. En medio de estos excesos de una

barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo, que pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus oprobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvación de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso, que tiene el corazón abierto y los brazos extendidos hacia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con un orgulloso desdén á las tiernas invitaciones de amor con que le llamaba á la reconciliación y al perdón (1).

María se pasma á la vista de este contraste de una barbarie sin ejemplo y de una caridad sin límites, de un exceso de misericordia y de un exceso de furor infernal, de una superabundancia de clemencia, de compasión y de bondad, opuesta á una superabundancia de injusticia, de malicia y del crimen más atroz que se ha cometido jamás debajo del sol. Ella está atónita y fuera de sí misma; todas sus facultades parecen suspendidas á vista del acontecimiento cruel que le arrebató su Hijo; toda su atención se fija en considerar el prodigio de su dulzura, de su paciencia y de su caridad, cuyo ardor inmenso no puede ser apagado ni disminuido (2) por los torrentes de tantas amarguras, de tantos oprobios y de tantos tormentos, cuya altura sublime,

(1) *Expandi manus meas ad populum non credentem et contradicentem. (Rom., x, 21.)*

(2) *Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem. (Cant., viii, 7.)*

cuya profundidad misteriosa y cuya extensión sin límites jamás podrá medir el pensamiento (1). Jamás su Hijo le pareció más Dios que en este instante, en que los hombres le tratan más indignamente que hubieran tratado á otro hombre, y jamás su Dios le pareció más digno de amor que en este instante, en que es objeto del odio universal. Ella se siente, pues, atraída á El; su corazón es arrastrado y arrebatado por un Hijo tan grande y por un Dios tan lleno de amor.

María ama siempre á Jesucristo con un amor tan grande, que todos los transportes de los ángeles y de los santos reunidos no pueden dar de él ni aun una pequeña idea. Mas este amor tan tierno, tan enérgico y tan fuerte se siente estimulado en este momento; él se inflama más y más á vista de una ternura tan grande y de una bondad tan excesiva; él se hace todavía más tierno, más enérgico y más fuerte, y se eleva, por decirlo así, al más alto grado de potencia. Y sin la reserva que le está prescrita por la voluntad suprema del Dios á quien ama y por quien se resigna, todos los esfuerzos de los hombres serían vanos para impedir que se arrojase sobre la cruz, se abrazase tiernamente á Jesús crucificado, y se inmolasen en compañía del Hombre-Dios, cuyo corazón generoso, cuya alma sublime y cuya caridad inmensa conoce entonces más que nunca.

En aquel momento es cuando el corazón de María, enternecido, atormentado y derretido por el amor, no

(1) Quæ sit latitudo... et sublimitas et profundum. (*Ephes.*, III, 18.)

sabe otra cosa sino amar; en aquel momento es cuando su bendita alma se entrega á las más dulces emociones, á los más tiernos afectos y á los transportes más violentos; en aquel mismo momento es cuando Jesucristo la sorprende, por decirlo así, la espera y la detiene, y destinándola á ser nuestra Madre, la obliga á volver hacia nosotros aquel sentimiento de inmensa ternura y de amor vehemente de que Ella estaba como poseída y arrebatada por El (1). Es como si le hubiera dicho: ¡Oh mujer! Tu amor te hace sufrir en este momento un dolor inaudito. ¡Oh mujer, á quien veo poseída del afecto más tierno y más vivo hacia mí! Ese sentimiento de amor tan vivo, tan profundo y tan vehemente, que se despierta en ti en este momento, que te penetra y te posee enteramente, debes dirigirlo desde ahora sobre mi Iglesia, sobre mis fieles, que estás viéndolo en la persona de Juan, pues que yo les cedo mi lugar y quiero que los mires como tu hijo único y verdadero como lo soy yo. Al constituirte su Madre, y al constituirlos tus hijos, sabe que lo hago con las mismas condiciones que me hicieron tu Hijo y que te hicieron mi Madre, porque yo estoy en ellos y con ellos, y ellos están en Mí. Yo te doy sobre ellos los mismos derechos, pero también te impongo con respecto á ellos las mismas obligaciones que tienes respecto á Mí. En adelante debes ver en ellos tu Jesús, tu Hijo; debes amarlo en ellos, y volver hacia ellos ese amor que me tienes en este momento, porque son tus hijos lo mismo que yo.

(1) Ecce filius tuos; ecce Mater tua.

Tú no los has engendrado con tu sangre ni llevado en tu seno; las relaciones entre madre é hijos no existen, por consiguiente, entre ti y ellos. Mas estas relaciones que no existen, las crea en este momento mi palabra omnipotente; lo que la naturaleza no ha hecho, lo hace la gracia en un momento. Cuando yo te declaro su Madre, lo eres ya verdaderamente, y el misterio de mi amor está consumado (1).

¡Quién podrá comprender la impresión que hicieron en María estas misteriosas palabras! ¡Ah! Si ellas halagaron sus oídos, ¡cuán eficaces y activas no fueron también en su tierno corazón! Ellas se grabaron en él con caracteres indelebles, ellas lo conmovieron extraordinariamente, ellas lo enternecieron, lo ablandaron, lo refundieron, por decirlo así, lo recompusieron y lo reformaron para los afectos y los sentimientos maternales respecto á nosotros; por consiguiente, desde aquel instante mismo experimenta Ella el ser nuestra verdadera Madre, no sólo por deber y por elección, sino por inclinación y por amor, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz.

Entonces fué cuando Ella apareció tal como la describió después el mismo San Juan, que en aquel momento misterioso la había estado considerando; es decir, la mujer vestida del sol (2). Porque, así como en el momento de la encarnación, como dice San Bernardo, el Sol de justicia, el Verbo eterno había vestido

(1) Consummatum est.

(2) Mulier amicta sole. (*Apoc.*, XII, 1.)

y cubierto, como una nube purísima, su carne immaculada, en el Calvario la penetró también este mismo Sol, y la vistió con las llamas de su caridad (1).

Jesucristo, en aquellos últimos instantes, era todo amor para los hombres, en los que no encontraba más que odio y furor. Siendo Hombre-Dios, ningún poder más que su amor podía quitarle la vida; por consiguiente, á medida que el tiempo en que debía morir por nosotros se acercaba, aquel amor se hacía más intenso y más vehemente. En sus últimos momentos estaba en su colmo, y había llegado á tal punto, que su humanidad no podía resistirlo más sin sucumbir (2). Al pronunciar estas tiernas palabras, que nos dan á María por Madre, el Señor moribundo abre su corazón abrasado, y hace salir de él una llama celestial de la más tierna y más generosa caridad para con los hombres. Desde lo alto de la cruz desciende esta llama celestial sobre María, que estaba á sus pies, y la rodea, la penetra y la posee completamente. Al momento se siente Ella poseída de aquel afecto vehemente y de aquellos arrebatos de un generoso amor á los hombres que iban á quitar la vida á su Hijo. No considerando ya la muerte de Jesucristo sino como la prenda de nuestra salvación; domina y manda su dolor; no sólo consiente en que su Hijo muera por un fin tan misericordioso, sino que, como dice un intérprete, se manifiesta impaciente y arrebatada por un deseo ar-

(1) Vestis solem, nube, et sole ipsa vestiris.

(2) Cum dilexisset suos... in finem dilexit eos. (*Joan.*, XIII, 1.)

diente de morir con El por la salvación de esos hijos de quienes experimenta ya el ser madre (1).

¡Preciosa fecundidad de los misterios de la Cruz! Cuanto más se sondean con el pensamiento, tanto más se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos, pues, maravillarnos de las expresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es decir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamás las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María y nos confió á Ella, se borraron de su alma; pero jamás se debilitó tampoco aquel sentimiento enérgico y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazón; y lo que San Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su madre, todo cuanto poseía, puede entenderse con mucha más razón de María, que desde aquel momento nos admitió igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto Ella tiene de más precioso (2).

(1) *Flagraba beata Virgo charitate, ut cum prole pro humani generis salute vitam profunderet.*

(2) *Et ex illa hora accepit in sua. (Joan., XIX, 27.)*

CAPITULO XIII

Cómo ejerció María en la tierra el ministerio de Madre respecto á la Iglesia, y cómo lo ejerce continuamente en el cielo. Cómo le conviene el título de Madre de Misericordia, y los sentimientos que experimenta cuando la invocamos bajo este título.

Acontece algunas veces entre los hombres que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda, su madre, y ésta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo, nuestro hermano mayor, que tanto nos ama (1), no hubiera hecho con sus tiernas palabras más que encomendarnos así á María, esta recomendación, hecha por tal Hijo á tal Madre en unas circunstancias tales, hubiera sido sin duda más que suficiente para asegurarnos los cuidados y la ternura de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendación pasajera, sino la expresión de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donación irrevocable, una disposición de su providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaución del Dios Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (cap. IV), Jesucristo llamó entonces á María *Mujer*, y no *Madre*, queriéndole manifestar que en

(1) *Primogenitus in multis fratribus. (Rom., VIII, 29.)*